

CAPITULO II

LA CIUDAD HOLANDESA BAJO LOS TRES PRIMEROS
GOBERNADORES (1626 á 1647)

Compra de la isla Manhattan.—Fundación de Nueva Amsterdam.—Caracteres naturales de la isla.—Administración de Minuit.—La colonización según las ideas del Antiguo Mundo.—El comercio de las pieles.—*Patroons*.—Vasallaje de los primeros colonos.—Los primeros agricultores.—Construcción de navios.—Administración de Vouter Van Twiller.—El primer maestro de escuela.—Relaciones con los indios.—Dificultades entre los holandeses y los ingleses.—Colonias en el Connecticut y el Delaware.—Administración de Kieft.—Mejoras bajo Kieft.—Emigración.—Establecimientos suecos en el Delaware.—Guerras y matanzas indias.—Fundación de un gobierno popular.—Llamamiento de Kieft.

Con la llegada del director Minuit, el establecimiento de la desembocadura del Hudson comenzó á tomar una forma definida y á ser una comunidad organizada. Minuit dejó la isla Manhattan á sus poseedores indios por la suma de sesenta *guilders* (cerca de veinticuatro duros), y durante el verano fundó una pequeña ciudad á la que dió el nombre de New-Amsterdam. Aun en el comienzo, la población se componía de gentes de razas y lenguas diversas; no sólo entraban en ella holandeses y wallons, sino también, y desde el origen, algunos hugonotes, alemanes é ingleses.

La isla ofrecía entonces el aspecto de una selva ex-

tensa, inextricable, amenazadora, bordeada por lagunas de aspecto melancólico que, en el espacio ocupado hoy día por Canal-Street, se extendían la una junto á la otra, hasta el punto de que la extremidad meridional de la isla casi formaba una isla distinta. Los colonos construyeron un cercado de piedras alrededor de un fuerte sobre el punto más meridional, y agruparon cerca de allí sus miserables cabañas. Por mucho tiempo tuvieron que vigilar cuidadosamente sus bestias, sin cesar amenazadas por los osos y las panteras á poco que se desviasen de las partes habitadas.

Minuit era un hombre conciliador, de carácter firme, de mucha energía, de grandes capacidades para la ejecución. Bien puede considerársele como el mejor de los cuatro gobernadores que dirigieron sucesivamente la ciudad y la colonia durante los cuarenta años de la dominación holandesa.

Pero el sistema de colonización era vicioso en más de un punto fundamental.

El establecimiento no había sido emprendido más que en interés exclusivo de una gran corporación comercial, y los intereses de los mismos colonos eran sólo un detalle secundario. Nadie había admitido aún que los que iban á fundar Estados poderosos en países lejanos tuviesen el derecho de atribuirse el beneficio principal de sus sufrimientos y de sus peligros. Estimábase que el establecimiento de la colonia tenía por objeto esencial el bien de los que quedaban en su país y no el provecho de los colonos.

Es cierto que la Compañía de las Indias Occidentales quería bien á sus colonos, á quienes concedió una completa libertad religiosa y una amplia y detallada libertad civil; pero, por encima de todo, la Compañía

estaba persuadida de que el primer deber de la colonia de Nueva Holanda era enviar grandes dividendos á sus accionistas, y en particular asegurar á los directores más influyentes una existencia mundana muy confortable. Más bien tendía á formar un cordón de puestos comerciales que llenasen de riqueza á la madre patria, que á sentar las bases de una nación trasatlántica de holandeses libres.

Por tal razón, los colonos se sentían poco impulsados á una lealtad ardiente hacia el gobierno bajo el que vivían, y cuando lo vieron en peligro no se mostraron muy dispuestos á arriesgar su vida y su fortuna en una querrela que en tan mínimo grado les atañía.

Esta actitud de la antigua Compañía de las Indias Occidentales fué la que adoptaron también las demás corporaciones de su género. Es curioso ver cuán exactamente ha sido imitada, aun en nuestros días, en los procedimientos que empleó la gran Compañía de la bahía de Hudson para cerrar á toda colonización los fértiles valles de la Ribera Roja y del Saskatchewan.

Esta actitud era eminentemente peligrosa.

Minuit se aplicó activamente á establecer relaciones amistosas con los indios. Sus barcos exploraron las caletas y los golfos del país, y los indios fueron bien tratados cuantas veces visitaron la pequeña ciudad de la isla Manhattan. En vista de ello se apresuraron á venir á cambiar y vender sus objetos preciosos. Durante dos ó tres años, el comercio dió resultados ventajosísimos, mientras que, por otro lado, causas especiales elevaban excesivamente el precio del valor de las acciones de la Compañía en las Bolsas de Holanda.

En 1628, y á fin de reforzar la inmigración, se votó

un acta que concedía una gran extensión de tierras, así como el título de *patroon*, á todo el que reuniese una colonia de cincuenta personas. Estos *patroons* eran, en realidad, grandes señores feudales, que hacían cultivar sus dominios á asalariados, bajo condiciones diversas. Sus dominios tenían, por lo común, la extensión de un principado del Antiguo Mundo; así Rensselaerswyck, propiedad del *patroon* Van Rensselaer, era un dominio cuya superficie tenía mil millas cuadradas.

La introducción de este sistema tan aristocrático fué otra prueba de la imprevisión de los gobernantes.

Además, los *patroons*, cuyos numerosos privilegios estaban restringidos en ciertos puntos, particularmente por la defensa de participar del lucrativo comercio de pieles, principal fuente de riqueza para la Compañía, se rebelaron en seguida contra estas restricciones. Tuvieron violentas querellas con los representantes de la Compañía y resolvieron comerciar con los indios por cuenta propia. Los particulares que se dedicaban al comercio, agotaron las fuentes de beneficios de la Compañía, y como, por otra parte, no temían la ley, desmoralizaron profundamente á los salvajes.

Los colonos de la isla Manhattan no eran tratados como hombres libres, sino como vasallos de la Compañía. Diez años pasaron sin que se les reconociese título alguno á poseer el trozo de tierra sobre el que habían construido su morada, y se les miró como simples ocupantes. Es verdad que Minuit eligió entre ellos un consejo consultor, pero su misión estaba reducida literalmente á dar un juicio, y la Compañía tenía un poder absoluto en última instancia.

Los ciudadanos nombraban diferentes funcionarios,

pero veíanse desprovistos de todo poder apenas entraban en conflicto con el gobernador. Si este último era como Minuit, un hombre razonable y bien intencionado, los asuntos iban perfectamente, y el pueblo, pudiendo gobernarse á sí mismo, era dichoso; pero un director de temperamento tiránico tenía siempre el poder de dominar la colonia como si fuese el déspota más absoluto.

Minuit pasó seis años en Nueva Amsterdam, gobernando el pueblo con dulzura y conservando, por una combinación de tacto y de firmeza, relaciones amistosas con los indios y con sus vecinos ingleses del Este. Envió á estos últimos una embajada especial, que fué acogida muy cortésmente, y se mantuvo en buenas relaciones con los poderosos y soberbios *patroons*.

Durante estos años, el comercio de la Colonia se acrecentó y prosperó.

Ricos cargamentos de pieles preciosas eran llevados continuamente á Holanda por barcos de la Compañía, y la población de Manhattan ganó en número y comodidad. Estableciéronse trincheras; los colonos cultivaron el trigo, el centeno, el alforfón, el lino, los guisantes, mientras que sus rebaños aumentaban en proporción.

Entonces la Compañía construyó un molino, una cervecería, una panadería, y la sociedad comenzó á encontrar los elementos esenciales del confort y de la civilización.

Sin embargo, la Compañía se enemistó con Minuit, acusándole de favorecer injustamente á los *patroons*, cuyas empresas particulares, en el comercio de las pieles, usurpaban á la sombra de los provechos de la Compañía. Además, él fué sorprendido en un negocio de construcciones de navíos que rehusó porque, ha-

biendo construido y puesto á flote en la bahía un grande y hermoso barco, sus jefes encontraron muy elevado el precio. Después fué amnistiado, y más tarde, como juzgase que se le había tratado injustamente, entró al servicio de la reina de España.

Su sucesor fué Wouter Van Twiller, que llegó á Nueva Amsterdam al comienzo del año 1633.

Van Twiller era un holandés aburguesado, grueso, gran bebedor de vino, de costumbres relajadas, de una honradez bastante dudosa y de un espíritu premioso é indeciso. Sin embargo, como era hombre de buen humor, su gobierno no pesó excesivamente sobre los colonos.

Además, se hizo un hombre honorable, consagrando una parte de su tiempo á la construcción de edificios públicos. Levantó un nuevo fuerte á hilván de tierra y con bastiones forrados de albañilería, lo bastante grande para contener desde el principio, no sólo los cuarteles, sino también la residencia del gobernador y las oficinas públicas. Construyó igualmente muchos molinos de viento y la primera iglesia, único edificio que tuvo destino exclusivo y propio.

También se debieron á él casas para el magistrado y para el *schout-fiscal*.

Este último era el más importante de los funcionarios locales. Poseía poderes singularmente extensos, porque era el principal agente ejecutivo del gobierno local, el equivalente casi de un *sheriff* y de un condestable inglés reunidos en una sola persona, pero con una variedad mayor y mucho más complicada de tareas.

En esta época, la colonia se había aumentado con dos personajes importantes, á saber: su primer magistrado, que fracasó inmediatamente en este empleo

y se dedicó á vivir del mezquino producto de su trabajo de *lavadero* ó blanqueador, y su primer *clergyman*, propiamente dicho. Este *clergyman*, Dominico Bogardus, era un hombre distinguido y de gran valor moral, pero á quien hizo impopular la rareza de su carácter.

Van Twiller continuó conservando buenas relaciones con los indios, por más que á cada instante surgiesen causas de querellas entre los colonos y los salvajes. Ni de una parte ni de otra faltaban razones, siendo muy difícil saber cuál era el primer motivo del desacuerdo. Probablemente, los blancos se vieron al fin en la necesidad de hacer la guerra, pero es indudable que con sus procedimientos brutales y su intemperancia, hicieron todo lo posible para provocar á los Pieles Rojas, ya de por sí suspicaces y pérfidos. La historia de las relaciones entre holandeses é indios no es, en verdad, de muy agradable lectura.

Bajo Van Twiller, hubo querellas incesantes con los ingleses.

Inglaterra y Holanda reclamaban el país á la vez desde el Connecticut hasta el Delaware. La reclamación de cada una tenía por punto de apoyo el comercio, más bien que la colonización. Las querellas surgían, por lo común, de los esfuerzos que hacían los navíos de cada potencia rival para sostener el comercio con tal ó cual banda de salvajes.

En tiempo de Van Twiller, entró un navío inglés en el río Hudson y remontó hasta el límite de navegación, donde echó anclas, poniéndose á hacer el cambio de pieles con los salvajes. Entonces, los soldados holandeses del fuerte vecino cayeron sobre los ingleses, los rechazaron y confiscaron las pieles.

En la misma época, Van Twiller construyó un fuer-

te y estableció guarnición en el Connecticut, amenazando ocuparlo por fuerza contra los ingleses, pero cuando fué preciso obrar, los holandeses no realizaron sus amenazas. Los puritanos de Plymouth remontaron el río y ocuparon las márgenes en las barbas de sus adversarios.

Mejor éxito tuvo Van Twiller en los esfuerzos que dirigió hacia el Delaware, donde los Caballeros se mostraron menos tenaces que las Cabezas Redondas. Los holandeses habían ya establecido junto á este río una colonia, pero los colonos, habiendo entrado en querella con los indios, fueron degollados. Entonces, un ejército de virginianos se estableció en uno de los fuertes abandonados por los holandeses, organizando una colonia y un puesto de comercio. Pero tan pronto la noticia llegó á conocimiento del director de Nueva Amsterdam, éste se apresuró á enviar un cuerpo de tropas contra los invasores, que fueron todos hechos prisioneros y llevados en triunfo á la isla de Manhattan. Van Twiller no sabía qué hacer allí con esas gentes, y se contentó con lavarles severamente la cabeza por el crimen enorme que habían cometido irrupcionando en el territorio holandés; después de lo cual, los reembarcó para Virginia.

Los asuntos interiores de la colonia marchaban más sencillamente. Hubo de tiempo en tiempo dificultades con los poderosos *patroons*, pero el director gustaba demasiado de sus francachelas, de su vino y de sus festines, para oprimir ó tratar rudamente á la colonia. El valor del comercio con la madre patria se elevó visiblemente, aunque no creciera hasta el punto de inspirar á la Compañía un vivo interés por su nueva posesión. Porque, si bien Van Twiller era muy transigente y acomodaticio para el pueblo, no inspiraba gran con-

fianza á la Compañía en el sentido del dinero, y en 1637 se le separó del empleo, bajo la acusación de haber utilizado para sus propios gastos los fondos pertenecientes á la corporación.

Su sucesor, Guillermo Kieft, fué el peor de los cuatro gobernadores holandeses. A diferencia de su predecesor, era activo y sobrio, pero carecía del talento necesario para manejar á los hombres, y tenía el temperamento bajo y cruel de un déspota subalterno. Su reputación comercial no era de las más envidiables, no obstante haber sabido, durante su administración, mantenerse á distancia razonable de todo cuanto pudiese dar lugar á suspicacias financieras.

El hecho es, que la Compañía de las Indias Occidentales tenía una colonia, que más bien era una causa de molestias que una fuente de beneficios, y todo individuo de mérito secundario, á quien se juzgaba incapaz de provocar enojo á las gentes de Holanda, era mirado como suficientemente bueno para gobernar un establecimiento sin porvenir.

Kieft encontró á Nueva Holanda en situación bien poco floreciente.

Los colonos holandeses, á pesar de su perseverancia y su resolución, estaban algo dormidos y con el espíritu mal orientado. Faltábales la energía infatigable de sus vecinos del Este, los Neo-Englanders, mucho más numerosos y siempre más invasores. Carecían hasta de aquel ardiente deseo de vida sencillamente aventurera que llevaba á los franceses en todos sentidos á través de lejanas soledades.

La población crecía de un modo sumamente lento, y la ciudad que se había hacinado alrededor del fuerte sobre la punta meridional de la isla Manhattan, casi no era todavía más que un grupo de pobres sedentarios.

Los holandeses eran comerciantes y navegantes, pero encontraban penoso transformarse en labradores, únicos habitantes que podían llegar á ser los colonos definitivos. Además, desde el comienzo se mostraron por naturaleza incapaces de adaptarse á las necesidades especiales y particulares de su situación.

La frontera y la vida de frontera remontan á los días en que nacieron los primeros y débiles establecimientos comerciales, desparramados á lo largo de la costa del Atlántico, como islas en un desierto salvaje, pero se necesitó cerca de una generación para hacer de un colono europeo un verdadero americano de la frontera.

Los primeros colonos holandeses no usaron sino con repugnancia y lentitud el arma y el útil, por excelencia, del trabajador americano, el hacha, y verdaderamente cortaron pocos árboles. La consecuencia fué, que habitaron cabañas subterráneas ó habitaciones de cortezas sostenidas por pértigas; no supieron construir la cabaña con vigas, que ha sido siempre la primera morada, el hogar típico del verdadero cultivador de bosques.

El tipo del desmontador (*backwoodman*), que es tan netamente americano, sólo pudo desenvolverse muchos años más tarde.

Kieft no estaba contento de la colonia, y la colonia estaba aún menos contenta de Kieft.

Desde el principio, adoptó un deleznable aire de tirano y trató á los colonos como súbditos.

Redujo el consejo á un solo hombre, un hugonote de buena reputación, llamado Lamontagne, y entonces, para evitar todo peligro de ser traído en jaque, decretó que á Lamontagne correspondiera una sola voz y dos á él.

Seguidamente, concedió los diferentes empleos locales á sus comilitones y á sus espías, y entró de lleno en la gobernación mediante una serie de edictos que se fijaron sobre los árboles, las casas de campo y los vallados.

Varios de estos edictos, como los que prohibían vender á los indios pólvora y armas de fuego, eran beneficiosos; pero otros suscitaron vivo descontento, como sus leyes suntuarias (pues tuvo la audacia de querer suprimir los excesos de bebida y las diversiones de sus colonos, muy dados á las francachelas), la creación de un sistema de pasaporte y su intervención en los asuntos privados (porque fijó la hora en que las gentes habían de acostarse, la hora en que habían de ir al trabajo, y así sucesivamente).

Los holandeses eran hombres, no sólo amantes de la libertad, sino libres, y que gozaban del *self-government* en los límites más extensos. Los colonos de Manhattan se vieron objeto de las distinciones más injustas, y se irritaron contra la tiranía mezquina á que se quería sujetarles.

Sin embargo, bajo Kieft, el aspecto de la ciudad mejoró visiblemente. Se comenzaron á construir caminos, casas más sólidas, una nueva iglesia, la primera taberna y una grande y bien aderezada venta, propiedad de la Compañía. En los bordes del Hudson y el Sound, sobre Staten Island, y sobre lo que es hoy día la costa de Jersey, se fundaron nuevos establecimientos.

La Compañía hizo grandes esfuerzos para ayudar y desarrollar la emigración, concediendo numerosos privilegios á los emigrantes de clase pobre, y ofreciendo, aunque en menores proporciones, algunas ventajas excepcionales á los ricos que formasen pequeñas colonias.

Las colonias recibieron el derecho de establecer manufacturas, derecho que hasta entonces se les había negado, pero desgraciadamente, se mantuvieron los derechos hereditarios de los *patroons*, comprendiendo el de jurisdicción feudal y el derecho exclusivo á la caza y á la pesca, así como el de tener volátiles y moler el trigo en sus vastos dominios.

El hombre que trabajó más activamente en engrandecer estos establecimientos, y que bien puede considerarse como uno de los personajes más interesantes de nuestra historia colonial, fué el *patroon* de Uries. Era hermoso, galante y aventurero, de una naturaleza valiente y generosa. Los indios le amaban grandemente, porque se mostró siempre y con oportunidad bueno y firme. Los colonos le amaban también y le respetaban, porque no conculcó nunca sus derechos y se hallaba siempre á su cabeza en toda empresa peligrosa, ya se tratase de explorar costas desconocidas, sea que hubiese que afrontar enemigos humanos.

Además de los emigrantes holandeses, encontró muchos otros de varias nacionalidades, principalmente ingleses de las colonias de la Nueva Inglaterra. Pues bien; todos, desde que le prestaban el juramento de alianza, eran tratados con rigurosa equidad. Su tolerancia religiosa fué siempre absoluta, y un gran número de cuáqueros y de anabaptistas, huyendo de las persecuciones de los puritanos, fueron á buscar un asilo entre los holandeses.

En esta época, las colonias vecinas y rivales que habían fundado las potencias europeas, no cesaban de querellarse con los holandeses. Un grueso ejército de suecos, mandados por Minuit, llegó á la desembocadura del Delaware, amenazando á los holandeses.

Los ingleses, á despecho de sus protestas, se insta-

laron definitivamente en el valle del Connecticut y sobre la mitad oriental de Long-Island.

Pero el rasgo más marcado de la administración de Kieft, fué la serie de sangrientas luchas con los indios, que tuvieron lugar de 1640 á 1645.

Kieft era personalmente responsable de esas guerras, aunque los colonos y los salvajes estuviesen ya irritados unos contra otros. De tiempo en tiempo, cometíanse muertes y violencias por ambas partes.

Los indios comenzaban á entrar en alarma viendo aumentar el número de blancos, y los blancos comenzaban á ver siempre sus moradas llenas de mendigos de mal aspecto que, degradados y feroces, les mataban sus bestias, y cuya sola presencia era una amenaza para sus familias.

Un hombre enérgico y prudente hubiera podido mantener la paz, pero Kieft era temerario, cruel é irresoluto. Precipitó los acontecimientos haciendo infligir un castigo brutal á la tribu Baritan como venganza de un desafuero que probablemente no había cometido. Los indios no dejaron de tomar su desquite con una serie de batallas, separadas por cortos periodos de paz.

Kieft tuvo gran cuidado de encerrarse en el fuerte, á la mayor distancia posible de todo peligro, lo que excitó grandes protestas en los colonos. Todas las personas cultas y honradas, incluso el *patroon* de Uries, el consejero La Montagne y Dominico Bogardus, protestaron contra su manera de dirigir la guerra.

Desde los primeros meses de 1643 provocó, con sus órdenes, una de las más horribles matanzas que hayan jamás manchado nuestros anales.

Los terribles Mohawks habían hecho una súbita irrupción sobre los indios del Rio que, como otras tri-

bus de la región, eran Algonquinos; y éstos últimos, huyendo llenos de espanto ante sus adversarios, se refugiaron en los bosques de Nueva Amsterdam, donde fueron por el pronto recibidos con benevolencia.

La tarde del primer día de Cuaresma, Kieft, dando prueba de una ferocidad y una perfidia tan horribles como inexplicables y de tanta necedad como crueldad, lanzó tropas sobre dos bandos de estos miserables fugitivos, y degolló un centenar de ellos.

Este afrentoso crimen sublevó á todos los indios y les determinó á vengar á sus compatriotas por el procedimiento de la sangre y el degüello. Las tribus atacaron en conjunto á los holandeses y destruyeron todas las fincas aisladas, todas las pequeñas colonias, llevando la ruina y la desolación á la provincia entera. Los colonos que pudieron escapar á los invasores se refugiaron en la región de Nueva Amsterdam y en sus pequeñas ciudades que eran las mejor fortificadas.

Los indios condenaron á muerte á sus prisioneros después de hacerles sufrir horribles torturas, y los holandeses aplicaron la ley del Talión, al menos en algún caso. Ninguno de los dos adversarios perdonó á las mujeres y á los niños.

Los holandeses bloqueados enviaron grupos de soldados acompañados de mercenarios ingleses, bajo las órdenes de un famoso capitán, Jhon Underbull, contra las ciudades indígenas. Dieron á sus enemigos decisivos golpes, porque los últimos cometieron la impericia de obstinarse en defender sus villas, rodeadas de empalizadas. Los blancos pudieron impedirles hacer salidas, gracias á la superioridad que les daban las armas de fuego. Después incendiaron las villas.

Los atrincheramientos indios eran un excelente

medio de defensa contra los demás salvajes, pero en modo alguno les protegían contra los blancos que, por lo demás, eran muy inferiores á los hombres rojos en las batallas dadas en plena selva. Mas, al comienzo, los indios no lo comprendieron y en su ignorancia combatían á sus nuevos enemigos en condiciones que daban á éstos más ventajas. Para los Algonquinos del siglo XVII, sus luchas con los hombres de Nueva Inglaterra y de Nueva Holanda resultaron otras tantas derrotas.

Diezmados y agotados, al fin, los dos partidos, fué para ellos una felicidad hacer la paz, y los blancos se establecieron de nuevo en sus propiedades.

En tan terrible situación, Kieft había convocado una reunión popular y elegido entre los jefes de familia un consejo de doce hombres para que le diesen su parecer sobre la guerra.

Esta asamblea popular fué la primera de tal género que se haya jamás convocado en Manhattan, y puede considerarse como el primer germen de todo nuestro sistema actual de gobierno democrático.

El consejo de los Doce comenzó por una protesta contra los poderes arbitrarios del gobernador, y por una demanda de extensión de los derechos del pueblo y una más amplia concesión de *self-government*. Por lo pronto, Kieft decretó su disolución, pero, más tarde, cuando la colonia parecía próxima á disolverse, se eligió un consejo de ocho personas, que aprovechó el temor que inspiraba el enemigo para pedir todas las reformas interiores necesarias. En toda ocasión protestó contra la tiranía de Kieft; éste, empero, no quería ceder á ningún precio.

El espíritu de sedición adquirió con tal motivo una gran fuerza.

Hubo desórdenes, y hasta muertes, y la situación comenzó á desviarse hacia la anarquía.

Enviáronse numerosas peticiones á Holanda, rogando la destitución de Kieft. Esta destitución fué, por fin, concedida, y la agotada colonia recibió como nuevo gobernador á un leal soldado, Pedro Stuyvesant, que llegó y tomó posesión de su cargo en Mayo de 1647.